

REBELDES Y TRANSGRESORES.  
ENTRE LOS MURMULLOS  
DE LA INSURRECCIÓN.  
LA INTENDENCIA DE MÉXICO, 1810-1814

---

María Antonieta Ilhui Pacheco Chávez  
*Universidad Nacional Autónoma de México*

“[...] la vigilancia  
del gobierno se extiende a todas partes.  
De mil modos su astucia se disfraza.  
Aquí mismo en el seno placentero  
de las delicias con cautelas varias  
nos observa y nos mira receloso.”<sup>1</sup>

WILLIAM SHAKESPEARE

El golpe de Estado de 1808 y el levantamiento de Miguel Hidalgo dividieron a la sociedad novohispana en una gran variedad de tonalidades y zonas de tensión. A la lucha por la defensa de Fernando VII y, posteriormente, por la autonomía y la independencia se sumaron pasados rencores y surgieron nuevos enconos, miedos y esperanzas dependiendo de la condición social de la gente, de sus experiencias frente a la autoridad y de su posición espacial frente al conflic-

---

<sup>1</sup> Fragmentos de “Otelo” de William Shakespeare, citados en *El Semanario Patriótico Americano* (2 ago. 1812) con el fin de ilustrar el contexto que se vivía en la ciudad de México.

to. En algunas regiones, los habitantes padecieron constante estado de guerra mientras que, en otras, vivieron aparente calma. En estos lugares, la más leve sospecha de deslealtad, la incursión furtiva de la insurgencia o la ira de la gente por agravios pasados provocaron el recelo de la autoridad tornándose en zonas en que, si bien no había una confrontación armada directa y continua, el murmullo de la insurrección las convertía en lugares de disputa y desasosiego.

El propósito de este ensayo es ahondar sobre la tensión que vivieron los habitantes de algunos pueblos del valle de México bajo los murmullos de la revolución popular de independencia. De cómo las autoridades y algunos sectores de la población aguzaron sus sentidos para definir, encontrar, denunciar o inventar a conveniencia rebeldes y transgresores al régimen. Con este fin, se describe cómo los murmullos de insurrección transformaron la vida y el ambiente de los alrededores de la ciudad de México y después las características de la rebeldía y desobediencia de los pobladores que eran vigilados y resguardados por los realistas con el propósito de contener, controlar o alejar la insurgencia de la capital.

#### LOS PRIMEROS MURMULLOS Y SU CONTEXTO

El levantamiento de Miguel Hidalgo llegó como un murmullo a los pueblos de la intendencia de México mucho antes de que los insurgentes entraran a la jurisdicción. Comerciantes, arrieros, párrocos e indios personeros difundieron una variedad de imágenes en torno de los rebeldes, sus acciones y demandas basados en sus vivencias en las zonas de conflicto, en las pláticas que escuchaban en meso-

nes, mercados y plazas o en los bandos y periódicos publicados en aquellos días.<sup>2</sup> Los habitantes de la intendencia, de por sí inquietos y divididos por la invasión napoleónica y el golpe de estado al virrey Iturrigaray,<sup>3</sup> pronto encontraron nuevos motivos para simpatizar con una u otra postura, de manera que Allende o Hidalgo encarnaron en personajes que iban desde los redentores del orden y la justicia hasta la muestra más palpable del demonio en la tierra.

Al tiempo que las imágenes de la insurgencia se transmitían de boca en boca, el susurro de la rebelión presentó nuevas facetas. Las sentencias dictadas por la Junta de orden y seguridad, creada en 1809 para castigar a los infidentes, pasaron a ser tema de debate público y cobraron significado entre las repúblicas de indios del valle de México ya que se les relacionó con los acusados. Para amainar las sospechas, los principales de las parcialidades de la ciudad y de la república de Chalco difundieron en la prensa su lealtad al régimen.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> ARCHER, "Bite of the Hydra", p. 73.

<sup>3</sup> Muestra de esta discusión es el caso reseñado por VAN YOUNG, "Réplica. De aves y estatuas", pp. 281-284 en que José María González, indio escribano del pueblo de Ocoyoacac, fue detenido, entre otras cosas, por personificar a Napoleón en una parodia.

<sup>4</sup> Entre los juicios que causaron indignación y temor por estas fechas fue el de los hermanos Rodríguez Alconedo, joyeros acusados de conspiración por estar elaborando, supuestamente, una corona para Iturrigaray. Otro fue el de Mariano Paz Carrión que trató de involucrar a los indígenas de las parcialidades de Santiago Tlaltelolco y San Juan Tenochtitlan en una conspiración contra el régimen. Estas dos parcialidades, así como la república de Chalco (intendencia de México) Napolucan y Tlaxcala publicaron a inicios de octubre de 1810 en los periódicos su lealtad a las autoridades. ANNA, *La caída del gobierno español*, p. 86-87, HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *Historia de la guerra de independencia* y ALAMÁN, *Historia de México*, t. I, pp. 294-295, GUEDEA, "Los indios voluntarios", p. 4.

En otros pueblos de la intendencia, los gobernadores tuvieron cuidado de que los vecinos “no alborotaran a los indios” con la difusión de noticias sobre los insurgentes pues si se enteraba el virrey o el subdelegado “se exponía[n]”.<sup>5</sup> Otros, menos temerosos, alentaron a sus subalternos a escribir a Allende para solicitarle tierras.<sup>6</sup> A este ajetreo de posturas, se sumó la entrada y salida de correos, tropas y pertrechos por los caminos de la capital y la consecuente solicitud de pasturas, guías y celadores por parte del ejército, tornándose la insurrección en una carga más para las repúblicas de indios y motivo de disgusto, temor o esperanza.

A finales de octubre de 1810, la entrada a la capital de los “restos” de la tropa realista que combatió en el monte de las Cruces y la proximidad de las fuerzas insurgentes, asentadas en Cuajimalpa, hicieron que la población del valle de México saliera “por primera vez de su habitual sosiego y seguridad [...], especialmente en las casas y familias de europeos” que parapetaron sus casas o huyeron de los pueblos a la capital o a zonas más seguras.<sup>7</sup> Para mitigar las con-

---

<sup>5</sup> El gobernador de Amecameca (distrito de Chalco) pidió a Camilo Celis, comerciante y partidario de la insurgencia, dejara de alborotar a los indios cuando le insinuó que en caso de entrar los insurgentes podría apresar a los gachupines del pueblo para entregarlos a Allende. HERRERO, “Revolta, rebelión y revolución”, p. 96.

<sup>6</sup> El gobernador de San Marcos (distrito de Tula) alentó al indio Mariano Pascual a escribirle a Allende con el fin de solicitarle tierras, además manifestó que con la llegada de los insurgentes se llevarían a los gachupines y quedaría él de gobernador. VAN YOUNG, *La otra rebelión*, pp. 767-768.

<sup>7</sup> El 31 de octubre de 1810 entraron a la capital los restos de la división de Torcuato Trujillo. Las pésimas condiciones en que se encontraba la división y su corto número causó una impresión negativa. ALAMÁN, *Historia de México*, t. I, p. 484 y 488 y ZÁRATE, *La independencia*, pp. 140-142.

secuencias de la “furia” insurgente, las autoridades de la ciudad se apresuraron a acaparar el trigo y el maíz de los partidos de Chalco y Cuautitlán causando, como era costumbre, el malestar de sus habitantes quienes estaban seguros de un futuro desabasto.<sup>8</sup> También, dictaron medidas para armar grupos de patriotas entre los jóvenes españoles<sup>9</sup> y para reclutar indios de los pueblos circunvecinos con el propósito de cavar una zanja cuadrada que sirviera de resguardo y protección a la capital,<sup>10</sup> sin dar a los indios la posibilidad

<sup>8</sup> En épocas de crisis, las autoridades de los positos de la ciudad acaparaban los cereales de estos dos partidos y de Toluca provocando que el maíz y trigo a menudeo escaseara. En 1808, tanto en el distrito de Chalco como en el de Cuautitlán, la gente se había amotinado por la falta de abasto. Entre diciembre de 1809 y enero de 1810, meses antes del inicio de la revolución, el colector de diezmos y el subdelegado de Cuautitlán, alertaban al cabildo catedral de no cobrar del diezmo en especie (maíz y trigo), pues “no estaríamos muy lejos de experimentar movimientos tumultuarios, ruidosos y perjudiciales”. Archivo de la Catedral de México, Colecturía de Cuautitlán, vol. 33 en Proyecto NVR, rollo 1424-18-C. En noviembre de 1810, tan sólo de Chalco, se remitieron 100000 cargas de maíz y trigo.

<sup>9</sup> El decreto para la formación de patriotas data del 5 de octubre de 1810. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *Historia de la guerra de independencia*, t. II, p.136. A finales de octubre los comerciantes y labradores del distrito de Chalco eran los únicos, en todo el valle de México (a excepción de la capital) que contaban con milicianos. Éstas se crearon en los poblados de Chalco, Tlalmanalco, Tetelco, Amecameca, Hacenderos, Tenango y Ozumba. ORTIZ, *Guerra y gobierno*, pp. 190-191.

<sup>10</sup> La idea de la zanja databa de la época del virrey Revillagigedo. A raíz del movimiento insurgente se retomó el plan y se solicitó la contribución de distintas corporaciones como el consulado y las repúblicas de indios, pero a finales de 1810, cuando la cárcel de Santiago Tlaltelolco no tuvo la capacidad de alojar a tanto infidente se mandó a los reos trabajar en ella. Esta zanja era sumamente insalubre e inútil. AGN, *Indiferente Virreinal*, c. 2231 y AGN, *Cárceles y Presidios*, vol. 9, exp. 1. ALAMÁN, *Historia de México*, t. II, p. 236.

de formar contingentes armados.<sup>11</sup> Asimismo, apelaron a la piedad de la población y trasladaron la virgen de los Remedios a la catedral metropolitana para que cuidara de la urbe, como era ya tradición, en casos de calamidad.<sup>12</sup> A medida que se protegía a la ciudad, los pueblos circundantes del valle de México quedaron desprotegidos, recelosos de un futuro incierto y con el estigma de ser considerados traidores si se resistían a apoyar a la ciudad o a servir de “carnaza”, tal y como temieron los pueblos del distrito de Texcoco.<sup>13</sup>

El rumor de que los insurgentes atacarían la ciudad de México se hizo más intenso la noche del 31 y durante la celebración de los santos difuntos (1º y 2 de noviembre). Los simpatizantes de los insurgentes en la capital “exageraban su número y fuerzas” y atemorizaban a las “imaginaciones exaltadas” que “cualquiera polvo levantado casualmente que se descubría a lo lejos” era de los rebeldes que bajaban de los montes.<sup>14</sup> En las riberas de los lagos de Texcoco y Chalco se oían frases como “ya se llevó el diablo a los gachupines” o ya viene Allende a “bajarle[s] la vanidad” que daban cuenta de la animadversión que existía contra éstos.<sup>15</sup> El miedo mostrado por los realistas y sus partidarios reveló su vulnerabi-

---

<sup>11</sup> A las parcialidades de la ciudad de México se les autorizó formar un grupo de lanceros, pero con recelo. GUEDEA, “Los indios voluntarios”.

<sup>12</sup> La virgen fue trasladada a la ciudad, pues se temía que su santuario, ubicado a unos cuantos kilómetros de Cuajimalpa, cayera en poder de los insurgentes. ZARATE, *La independencia*, p. 144.

<sup>13</sup> Algunos rumores indicaban que los indios de Texcoco se habían negado a enviar indios a la ciudad para la construcción de la zanja y temían las represalias. HERRERO, “Revuelta, rebelión y revolución”, p. 98.

<sup>14</sup> ALAMÁN, *Historia de México*, t. 1, p. 488.

<sup>15</sup> HERRERO, “Revuelta, rebelión y revolución”, p. 98 y AGN, *Criminal*, vol. 13, f. 245.

lidad y convirtió al rumor de “ahí vienen los insurgentes y van a [...]” en una de las formas de resistencia más común de los pueblos del valle de México durante los primeros años.

Miguel Hidalgo no atacó ni tomó la ciudad de México, sin embargo, el murmullo de la insurgencia siguió difundiendo-se por el suroeste y el noroeste de la capital. Algunas de las huestes de Hidalgo se dispersaron por Coyoacán, San Ángel y San Agustín de las Cuevas. Otras, unos días antes, habían bordeado los volcanes y partido hacia el valle de Cuernavaca, mientras que el resto de la comitiva dio marcha atrás y se fue a Aculco. La dispersión de los rebeldes alertó a las autoridades de los distritos de Chalco y Texcoco que se llenaron de pánico ante los informes, muchas veces infundados, de que tropas enemigas merodeaban o estaban próximas a invadir su jurisdicción. Al igual que en la capital, los gachupines de Chalco se armaron, mientras que los indios, que jamás habían oído hablar de Allende o Hidalgo, se enteraron de su existencia.

La retirada de los insurgentes del valle de México se dio bajo una virtual quietud, ya que la violencia se presentó en algunos espacios con distinto grado de intensidad. En las localidades del valle de México, aparentemente leales al rey, algunos borrachos y mujeres exteriorizaron su malestar. Los alcohólicos aprovecharon su estado de desinhibición para desquitarse de antiguos y recientes agravios echando mueras y amenazas a los gachupines, degradando su condición de honor y hombría.<sup>16</sup> Las mujeres de Amecameca (distrito de Chalco), en cambio, utilizaron sus cualidades para

---

<sup>16</sup> La mayor parte de las maldiciones dirigidas contra los españoles fueron hechas por personas en estado de ebriedad. VAN YOUNG, *La otra rebelión*, pp. 593-614.

llamar al desacato en defensa de sus hombres, pues temían por su integridad. La revuelta de estas mujeres da cuenta de la expectativa y el resquemor que el movimiento insurgente despertó entre la población y de las contradicciones que existían entre los indios y las autoridades locales y las virreinales por una guerra que estaba a punto de romper con sus condiciones de vida. En esta localidad, el 7 de noviembre, las mujeres armaron un tumulto cuando el hacendado de Tomacoco y algunas autoridades conducían a varios indios para trabajar en la zanja cuadrada de la ciudad de México. Durante el altercado, apedrearón y amenazaron de muerte a los españoles. Después, marcharon al centro de la población. Ahí, además de saquear un comercio y profanar la iglesia, colgaron un rótulo que decía “Sor. cura yo tengo un pecado muy grande y es que cuando venga Allende lo he de defender”, a pesar de que el cura los acababa de excomulgar. Horas después, la revuelta se propagó a once de los pueblos vecinos. Al día siguiente, gañanes e indios saquearon la hacienda Tamariz y tomaron todo el maíz de sus trojes, mientras que, en la cabecera, el pueblo repelió a las autoridades del distrito. A lo largo de esta jornada, las mujeres recriminaron a sus repúblicas de ser “unos entregadores alcahuetes de los europeos”. Los levantados esperaban que sus gobernantes les repartieran la tierra y que Allende llegara para apoyarlos en su lucha. Las autoridades virreinales, preocupadas de que el movimiento estuviera en “colisión con el infame Allende”, enviaron una fuerza de dragones y apresaron a más de 140 personas con lo que la rebelión popular quedó controlada.<sup>17</sup> Esta revuelta,

---

<sup>17</sup> El desarrollo de la revuelta se puede consultar en HERRERO, “Revuelta, rebelión y revolución”.



que siguió los patrones de las rebeliones agrarias novohispanas del siglo XVIII,<sup>18</sup> muestra cómo la lealtad de los pueblos era débil, pero sobre todo la manera en que las cargas de la guerra representaban una amenaza para las comunidades agrarias cercanas a la capital.

Otro factor de violencia que se disparó con la retirada de los insurgentes fueron los insultos y amenazas contra sus simpatizantes. Para tener una idea de la letanía de las ofensas que los realistas proferían a sus contrarios, un articulista de *El despertador mexicano* nos narra, en un tono poco soez, lo que un español le dijo al entrar a su comercio: “me afeó mi nacimiento y origen, maldijo mi tierra y sus naturales habitantes, me trató de incrédulo y supersticioso” y le advirtió que no “pica[ra] la curiosidad” de la gente con escritos porque “le va la vida”.<sup>19</sup> Esta lista de “humillaciones” y otras ofensas como escupir o aventar objetos eran hechas también a los reos acusados de infidencia cuando venían en “cuerda” al juzgado de la capital.<sup>20</sup>

Con los insultos e intimidaciones llegó la desconfianza. En los espacios públicos de las localidades de la comarca, los adeptos al régimen pasaron del temor a la denuncia

<sup>18</sup> TAYLOR, *Embriaguez*, pp. 179-181.

<sup>19</sup> *El Despertador Americano* (29 dic. 1810).

<sup>20</sup> Los insultos proferidos por los insurgentes se conocen ampliamente ya que fueron motivo de censura y de proceso judicial. VAN YOUNG, *La otra rebelión*, pp. 554-559. Parece ser que la guerra de insultos entre los partidarios de uno u otro grupo o entre americanos y españoles en las zonas de susurro dependía de la relación de fuerzas que tuviesen los insurgentes. Lucas Alamán comenta que en noviembre de 1811, al saberse el triunfo de Morelos en la zona sur, las injurias entre uno y otro grupo aumentaron. En esas fechas, el diario *El especulador patriótico* que respondía a las injurias que se vertían contra los americanos vendió 7000 ejemplares. ALAMÁN, *Historia de México*, t. II, p. 441.

de todo aquel que despertara recelo. Indumentaria, herramientas, condición social y estado de salud fueron explorados por el ojo clínico con el fin de detectar rebeldes y evitar que siguieran “seduciendo” a la población. Parte de los insurgentes que se dispersaron por el sur del valle de México, fueron aprehendidos en esta época por suscitarse sospechas al portar garrotes, estar vestidos con hilachos de ropa o llevar a arreglar sus desvencijadas pertenencias. El estado de desconfianza era tal que, por ejemplo, José Manuel (indio albañil de Coyoacan) fue detenido el 2 de noviembre de 1810 por un soldado del regimiento de Dragones que

viendo que iba cojeando porque está un poco lastimado del pie izquierdo por una mordida que le dio un perro [...] sin mas motivo le dijo que seguramente [...] sería uno de los vinieron con Allende a pelear al Monte de las Cruces y sin más causa lo aprendió.<sup>21</sup>

Esta atmósfera de sospecha, tensión y temor continuaría durante los años siguientes especialmente entre los indios que eran más vulnerables a la justicia de la autoridad. En el campo, acciones como ir a galope vestidos con frazadas o montar en ancas “era visto como una forma de estar con los insurgentes”.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> José Manuel Belmonte fue detenido el 3 de noviembre de 1810 y se le dejó en libertad hasta septiembre de 1812. Cuando el militar que lo detuvo, le inquirió por primera vez; José Manuel “chanceó” diciendo que había estado en Valladolid, pero al darse cuenta de la gravedad de su broma, cambió su versión y asintió que un perro lo había mordido. Al hacerse las averiguaciones se supo que su herida había sido hecha con arma punzo cortante además de que ninguna persona “honesta” abogó por él, no obstante lo habían visto por las calles recientemente; así que tuvo que permanecer preso. AGN, *Criminal*, vol. 15, ff. 330-334.

<sup>22</sup> José Feliciano fue capturado en un paraje de Zumpango por ir montado en ancas. AGN, *Criminal*, vol. 110, exp. 2, ff. 8-35.

EL VALLE DE MÉXICO Y SUS REBELDES  
ENTRE DOS FRENTES

A lo largo de 1811-1812 el mapa de la insurgencia se fue ensanchando y el valle de México se convirtió en una isla rodeada por gavillas de insurgentes cuya acción tendía a atenuarse conforme se aproximaban a la ciudad.<sup>23</sup> Las montañas, los caminos y los canales del valle de México se convirtieron en una laxa frontera entre los realistas y los insurgentes que dejaba filtrar correos, bastimentos, mercancías y rumores. Al norte, algunas huestes bajo la dirección de Villagrán y Cañas extendían su influencia desde Huichapan hasta el distrito de Zumpango e incursionaban en las localidades aledañas del camino de “Tierra adentro”. Al oeste, los rebeldes asediaban el derrotero a Toluca para después esconderse en las barrancas de Monte Alto. Mientras que algunas otras facciones se asomaban por los volcanes y canales de Chalco, otras más, cercanas a Osorno y Aldama, acechaban el camino a Veracruz llegando sus correrías hasta los distritos de Teotihuacan y Texcoco.<sup>24</sup> De esta manera, los pobladores alrededor de la ciudad quedaron entre dos fuegos y comenzaron a diferenciar su espacio de “parajes tranquilos y fieles” de aquellos “adictos a la insurgencia”, aunque reconocían que andar por sus caminos podía conducirlos a “los mayores infortunios”.<sup>25</sup>

---

<sup>23</sup> Sobre las condiciones de paz en las ciudades durante la guerra de independencia consultar VAN YOUNG, “Islands in the storm”, La metáfora de las ciudades como islas está tomada de este autor.

<sup>24</sup> ALAMÁN, *Historia de México*, t. II, p. 222 y HAMNNET, *Raíces de la insurgencia en México*, pp. 163-175.

<sup>25</sup> Comentarios de Ignacio Sánchez al ser acusado de infidente por vender ganado, AGN, *Infidencias*, vol. 42, exp. 6, ff. 228-236 y de María Loreta Otero, AGN, *Infidencias*, vol. 42, exp. 6, f. 223).

A diferencia de la ciudad de México, que contó con vigilancia, los pueblos del valle quedaron a la buena de sus autoridades locales y a la disposición de sus vecinos.<sup>26</sup> En las cabeceras de distrito la tensión entre indios y españoles no era apremiante o existía cierta afinidad de los “de razón” con los insurgentes; los subdelegados, con muchos esfuerzos, lograban reunir a “algunos vecinos honrados” y conseguir armas y caballos. En Cuautitlán, el subdelegado se quejaba de que los vecinos y el cura mostraban tal desprecio que “forman todos los días de fiesta bailes en las casas curales mientras que [...] les resguard[o] su pueblo y casas”.<sup>27</sup> En cambio, en aquellas regiones donde existían juicios por la posesión de la tierra, como en Chalco, los hacendados pusieron mayor cuidado en dotar de bastimentos a las huestes locales creadas desde octubre de 1810, incrementándose en estos puntos la tensión y el recelo entre la población y los realistas.<sup>28</sup>

Por su parte, en las localidades más pequeñas del valle de México, la organización de la defensa dependió de la proximidad de los rebeldes, de la postura de las repúblicas de indios frente al conflicto y de la presión de los subdelegados. En las cercanías a la ciudad, los pueblos no se organizaron para defenderse, en cambio, en algunas localidades ubicadas

---

<sup>26</sup> Entre las acciones implementadas para la seguridad de la ciudad estuvieron la reorganización de las milicias, el fortalecimiento de las garitas, el uso de pasaportes y el destierro a los infidentes menos peligrosos más allá de 20 leguas. ORTIZ, “Insurgencia y seguridad pública”.

<sup>27</sup> Carta del subdelegado de Cuautitlán al virrey Venegas del 17 de junio de 1811 en AGN, *Infidencias*, vol. 24, exp. 7, ff. 201-204.

<sup>28</sup> Entre 1810, 1811 y 1812 los pueblos de Chalco son los que tienen en curso el mayor número de juicios por tierras.

en las faldas de las montañas o al pie del camino, las repúblicas pagaron vigías para cuidar su espacio o formaron grupos de honderos encargados de ahuyentar a los insurgentes hasta las inmediaciones de sus pueblos por el temor de que el subdelegado llegara a catear sus casas o que los insurgentes les pudieran robar sus pertenencias o llevárselos en leva.<sup>29</sup> Era frecuente que los insurgentes incorporaran en sus filas a aquellos hombres que se encontraban en parajes apartados haciendo sus labores del campo o sacaran de sus pueblos a los artesanos y arrieros. Entre los artesanos solicitados estuvieron los coheteros de Zumpango a los que se les buscaba “para que les entregara la pólvora” y los herreros de Chalco que armaban rejillas para disparar, muy semejantes a las que utilizaban para cazar patos.<sup>30</sup>

Las incursiones furtivas de los insurgentes en las localidades del valle de México entre 1811-1812 y la selectividad de sus ataques a tiendas, casas consistoriales, colectorías de impuestos o haciendas durante los primeros años de la lucha, propiciaron que la población local se sumara a la rapiña. Para integrarse, ella debía ser animada o motivada por la persuasión o la fuerza. Las gavillas insurgentes, formadas por

---

<sup>29</sup> A mediados de 1811, enviados del insurgente Cañas se presentaron en los pueblos de Tepotzotlán, Coyotepec, Teoloyucan, Huehuetoca y San Miguel de los Jagüeyes para reunir fuerzas. Todos los pueblos respondieron de distinta forma ante esta incursión. AGN, *Infidencias*, vol. 24, exp. 7. En Texcoco, al incrementarse la presencia de las huestes de Osorno (inicios de 1811), la república de indios de Tepetlaxtloc pagó a dos vigías para que cuidaran al pueblo. AGN, *Criminal*, vol. 260, exp. 20, ff. 71-74. Otra práctica de los insurgentes fue levantar indios de los pueblos a los que entraban a robar. AGN, *Criminal*, vol. 275, exp. 3, ff. 147-164.

<sup>30</sup> Juicios a Manuel Feliciano, José Vicente, Silverio García y Juan de Dios Hidalgo, en AGN, *Criminal*, vol. 110, exp. 2, ff. 8-35.

15 o 30 personas, extrañas al lugar pero con conocimientos del terreno, se valían de amenazas, de pedir favores o simplemente de hacer pantomimas para que los parroquianos se les unieran. A veces bastaba que los gavilleros echaran los artículos a la calle para que el pueblo se arremolinara a recogerlos, pues ya en el suelo y sin dueño, podían pensar que “era bueno porque todos cogían”. Así, el motín no resultaba a sus ojos un acto de transgresión.

Otra salida que tuvieron los parroquianos para no pasar sobre el orden fue “chancear” con los insurgentes. La actitud de entablar conversaciones con los gavilleros en las que se bromeaba sobre su fuerza y sobre las dotes de la autoridad local, permitía ganar su aprecio y animarlos a atacar; pero también valorar sus intenciones y advertirles de los peligros y consecuencias de enfrentar a los realistas del lugar. Frases como unos de aquí dicen que “mata a siete [insurgentes] de un puñete” sin aclarar quién o contestar con evasivas sobre el paradero de los españoles era una forma de chancear. Con esta actitud los parroquianos se mantenían en una posición ambigua que les posibilitaba no oponerse directamente a los insurgentes y decir a la autoridad judicial que habían estado ahí “animados pero de miedo” o chanceando.<sup>31</sup> Esta justificación también la emplearon frente a la autoridad judicial para explicar el porqué habían proferido amenazas o insultado a la autoridad y sus símbolos. El “chancear” se convirtió en una forma más de resistencia para sobrevivir entre dos fuegos.

---

<sup>31</sup> Palabras de Mateo Mauricio, natural de Texcoco, acusado de participar en el robo a una tienda. AGN, *Criminal*, vol. 194, exp. 7, ff. 71-74. Juicio interpuesto a los infidentes de Tepetlaxtloc en AGN, *Criminal*, vol. 260, exp. 20, ff. 71-74.

En el corto plazo, las incursiones furtivas de los insurgentes tuvieron sus efectos. La capital se fue quedando sin víveres, los convoyes de plata dejaron de fluir y la lista de muertos en los ataques aumentó. La autoridad virreinal se vio obligada a tomar medidas con el fin de contener la presencia de los insurgentes en esta región y en otras zonas rurales del país. Para eso, reforzó los contingentes militares en los principales caminos que llevaban a la capital, aplicó una política más agresiva hacia los distritos sublevados, emitió órdenes para confiscar los caballos y decretó la formación de milicias en haciendas, ranchos y pueblos con el fin de que cada localidad organizara su propia defensa.<sup>32</sup>

La formación de las milicias de patriotas, en sus primeros meses, tuvo mayor impacto en las cabeceras de distrito y centros de comercio más importantes del valle de México como Tacuba, Azcapotzalco, Teotihuacan, Ecatepec y villa de Guadalupe.<sup>33</sup> La dirección de estos cuerpos recayó en “la gente de razón” de la localidad, dejando a los indios puestos menores. Con el paso del tiempo y la puesta en práctica de la Constitución de Cádiz (1812), se establecieron patriotas en algunas cabeceras municipales y se admitieron indígenas entre sus filas, pero con cierto recelo, pues se temía que se rebelaran o trastocaran las relaciones jerárquicas entre indios y españoles. Así que, en algunos lugares,

---

<sup>32</sup> ORTIZ, *Guerra y gobierno*, pp. 81, 82 y 113. A partir de 1812, Calleja reubicó algunas de sus fuerzas en los trayectos más importantes como el de la capital a San Juan del Río en el camino de “Tierra adentro” con el fin de garantizar la circulación del comercio.

<sup>33</sup> ORTIZ, *Guerra y gobierno*, pp. 203-204.

los indios formaron sus propias corporaciones de lanceros como en Amecameca y Texcoco.<sup>34</sup>

La presencia de distintos cuerpos milicianos en las localidades de los alrededores de la ciudad provocó tensiones entre los patriotas y las fuerzas realistas o entre los patriotas de un pueblo y otro por el control de los recursos y las zonas de influencia. La falta de coordinación y cooperación entre ellas favorecieron la corrupción, las rencillas y la desertión al bando contrario. Las diferencias sociales entre los patriotas del pueblo de Azcapotzalco y los de Tacuba, así como la falta de definición de sus territorios, motivó que los primeros acusaran a los segundos de insurgentes y bandidos. Según declaración de los de Azcapotzalco “por venir vestidos de zarapes u otros disfraces y corriendo a caballo se les figuró gente bandida”. Además de que “contar con ellos es para nuestra perdición por sus proceder tan soeces [y] que todos son forzados y hombres que trabajan en México de albañiles, hortelanos y otros oficios mecánicos”.<sup>35</sup> Los pleitos entre los grupos milicianos se fueron incrementando a lo largo del conflicto armado por lo que a partir de 1814, más que combatir insurgentes se dedicaron a pelear entre ellos, y a aprovechar la incursión de los enemigos para tirar “fuego amigo”. Los pueblos protestaban por los malos manejos de sus fondos, mientras que los milicianos se quejaban de la concentración del armamento en manos de unos cuantos (en su mayoría arrendatarios) y de no traer cargadas las armas pues se les cobrarán las municiones que utilizaban.<sup>36</sup>

<sup>34</sup> GUARISCO, *Los indios del valle de México*, p.159.

<sup>35</sup> AGN, *Criminal*, vol. 134, exp. 13, ff. 276-283.

<sup>36</sup> En la incursión insurgente de 1815 a Tlalnepantla, Mariano Camargo del cuerpo de urbanos murió. Las averiguaciones sobre el hecho fueron



Otro factor de tensión fueron las tácticas de guerra cada vez más violentas empleadas por realistas contra las poblaciones sublevadas de Huichapan, Apan y Cuautla, cercanas al valle de México. Los métodos de incendiar los pueblos y ejecutar “en caliente” se divulgaron rápidamente en distritos como Texcoco y Chalco. Los indios, más propensos a ser acusados, debieron manifestar su lealtad al rey de manera visible por lo cual pusieron mayor empeño en cooperar económicamente y en realizar rondas. Ante cualquier signo de sospecha, había gobernadores que exiliaban de sus pueblos a los que querían “tomar las armas [...] contra los gachupines” y recordaban a las autoridades virreinales las acciones que habían llevado a cabo a favor del rey. En Xalostoc, cuatro jóvenes, entre ellos uno del pueblo, armaron una cuadrilla y entraron a robar una casa. Al ser descubiertos, se pensó que eran insurgentes y el gobernador los mandó azotar en señal de que no estaba de acuerdo con ellos. Tiempo después, temeroso de alguna represalia, el gobernador tuvo que explicar que no se trataba de rebeldes y “que en esta parte han sido muy fieles, pues lejos de haber mezclado con ellos han hecho contribuciones para los patriotas y han salido ellos mismos con sus llamas [a perseguirlos]”.<sup>37</sup>

A diferencia de los distritos de Cuautitlán y Texcoco, los pueblos del distrito de Chalco tuvieron mayores dificulta-

---

largas y con el tiempo se descubrió que el capitán González Escalante lo asesinó por desacatar la orden de no disparar. En las averiguaciones, Joaquín Fueros, del cuerpo de dragones de Tacaba, culpó al capitán de los urbanos de no haber estado preparado para el ataque tal y como él se lo había advertido. AGN, *Criminal*, vol. 636, f. 472 y AGN, *Criminal*, vol. 636, exp. 4, ff. 146-213.

<sup>37</sup> AGN, *Criminal*, vol. 8, exp.1, f. 19.

des para demostrar su lealtad. El estrecho contacto comercial y religioso que tenían con el valle de Cuautla,<sup>38</sup> y la necesidad de las autoridades de contar con un bastión fiel desde el cual dirigir su ofensiva contra las tropas de Morelos tuvo mayor costo.<sup>39</sup> Para evitar que la gente de Chalco se contagiara de las ideas de Morelos, las autoridades se mostraron recelosas hacia las personas que venían del valle de Cuautla y, sin más, las ponían presas.<sup>40</sup> Asimismo, el 14 de julio de 1812, después de que Morelos había roto el sitio de Cuautla, se llevaron a cabo ejecuciones para infundir temor especialmente entre aquellos que no habían solicitado el indulto, pues como señaló la autoridad militar del distrito “Nada contribuye más al buen orden, tranquilidad y sosiego de los pueblos que el brindar con el perdón a los delinquentes y castigar a los [...] que se abandonan y postergan por sus vicios”.<sup>41</sup>

---

<sup>38</sup> Si bien el valle de Cuautla está separado de Chalco por el macizo de los volcanes, sus pueblos estaban estrechamente ligados por la devoción a algunos Cristos o señores de los pueblos como el señor de Tepalcingo y Chilapa. Las fiestas a estos “señores”, que se iniciaban desde el mes de enero hasta pascuas, estrechaban las relaciones comerciales entre una región y otra. Sobre las relaciones económicas entre Chalco y la zona caliente consultar a HAMMET, *Raíces de la insurgencia en México*, pp. 142-147.

<sup>39</sup> La campaña contra Morelos requirió adecuar algunos caminos para que pasara la caballería. ALAMÁN, *Historia de México*, t. II, p. 488.

<sup>40</sup> Miguel Galicia Jorge Librado, Basilio Diego y Lucas Marcelo (indios de Yacapixtla) fueron llevados presos a México por ser sospechosos de insurgencia sin mediar una averiguación. AGN, *Criminal*, vol. 2, exp. 4, f. 96.

<sup>41</sup> Palabras de José Maria Infanzón, Capitán del regimiento provincial de milicias de México y comandante de armas de Chalco el 14 de julio de 1812. AGN, *Criminal*, vol. 157, f. 472.

Bajo este contexto de desconfianza y rumores, la movilización del ejército realista por el distrito de Chalco causó inquietud. Los habitantes de Ixtapaluca salieron huyendo a los cerros “por los temores en que se sonaba que las tropas del rey iban a demoler el expresado pueblo”. El trajín de la población de ir de un lugar a otro para saber qué pasaba y las amenazas lanzadas por un borracho en un cruce de caminos de “maldito fuera el gobierno, ojala y muriera y viviera la América” hicieron pensar a los patriotas del lugar que estaba próxima una rebelión. Sin cerciorarse y escondidos, interpretaron como sospechosas las acciones de los que huían así que el “quimil con la ropa” que llevaba una mujer al monte, se convirtió en “quimiles llenos de hondas y piedras” y la súbita dispersión de los indios por el temor de que el borracho fuera “a hacer una fechoría y nos embarre, pues trae un cuchillo”, fue visto como el inicio de la revuelta.<sup>42</sup> Como se puede apreciar, el rumor fortaleció los prejuicios que existían entre los realistas y los parroquianos en lugares donde la tensión era mayor.

Las mujeres fueron el grupo más propenso a creer, crear y difundir rumores, pero no el único. Los mesoneros adictos a la insurgencia aprovechaban la buena disposición de sus huéspedes para esparcir noticias “disonantes y sospechosas” desde los parajes rebeldes a los pueblos del valle de México, seguramente con la intención de desestabilizar al contrincante. La manera de operar se aprecia en el siguiente caso. En 1811, el posadero de Tlalquilimpan (pueblo cercano a Ixmiquilpan) envió a un conocido suyo, residente en Tepetloxtoc (Texcoco), una misiva con la ayuda del indio Vicente

---

<sup>42</sup> AGN, *Criminal*, vol. 272, exp. 1, ff. 1-24.

Apolonio, natural de ese pueblo. La carta iba cerrada, pero sin pegamento y la referencia del paradero del remitente era inexacta. El indio, invadido por la curiosidad y suponiendo que no se trataba de algo de “intimidad”, leyó la carta en que se informaba que había habido muchos muertos en Ixmiquilpan (cosa falsa, pues el mismo Apolonio le dijo al mesonero que no había habido muertos) y que “Nuestro Soberano Dn. Fernando Séptimo se halla en Querétaro con Dn. Ignacio Allende y mucha gente que trae de compañía”. Vicente Apolonio sospechó del contenido y presentó la carta a la autoridad; quien después de algunas averiguaciones decidió dejar la causa. Mientras tanto el contenido de la carta se había difundido en el lugar y seguramente con varias interpretaciones.<sup>43</sup> Los rumores de las zonas aledañas se filtraban a la ciudad de México principalmente por medio de los comerciantes y trajineros. A mediados de 1812, de acuerdo con Alamán, los principales implicados en la difusión del rumor fueron “gente ociosa”, que merodeaba por los canales de Chalco y que exageraba la victoria de los insurgentes en tierra caliente. Estos rumores condujeron a que varios jóvenes de la capital se unieran a la insurgencia en ese año.<sup>44</sup>

Además de rumores, las regiones del valle de México proporcionaron recursos para el sostén tanto de la ciudad como de los insurrectos. La incapacidad de los realistas para controlar la insurgencia en el valle de México, propició que algunos hacendados y comerciantes, afectos a este partido, establecieran desde 1811 acuerdos con el fin de que sus pertenencias no fueran atacadas para abastecer a la ciudad sin

---

<sup>43</sup> AGN, *Criminal*, vol. 194, exp. 1, ff. 1-13.

<sup>44</sup> ALAMÁN, *Historia de México*, t. II, p. 553.

ningún problema. Al norte de la ciudad, importante zona para el abasto de carne y carbón, parte de los sueldos de las cuadrillas de los insurgentes Epitacio Sánchez y Pascasio Gutiérrez provenían de las tiendas de Tepotzotlán y de las haciendas del Marqués de San Miguel de Aguayo y José María Fagoaga. Según informes del reo, José Narciso Yánez, a sus “haciendas que están en la zona no les toman sus ganados”.<sup>45</sup> Por su parte, los comerciantes de Chalco también establecieron acuerdos para que les dejaran navegar sus trajineras y sólo robaran a los comerciantes que se rehusaran a cooperar o a seguir sus indicaciones.<sup>46</sup>

La liberalización del comercio dictada por Venegas para mejorar el abasto de carne a la capital en 1812 también permitió que los insurgentes se dedicaran al aprovisionamiento de este producto.<sup>47</sup> Con este fin, incorporaron a sus huestes carniceros, arrieros y comerciantes de los distritos de Texcoco, Tacuba, Cuautitlán y Zumpango que habían trabajado para las haciendas y los comercios dedicados a la introduc-

---

<sup>45</sup> AGN, *Infidencias*, vol. 129, exp. 124 y LADD, *La nobleza mexicana*, pp. 172 y 183. Otro ejemplo es que el administrador de la hacienda de la Encarnación (Azcapotzaltongo, hoy Nicolás Romero) permitía que las huestes insurgentes pernoctaran en su hacienda e incluso ayudaba a que las cuadrillas salieran huyendo. AGN, *Infidencias*, vol. 171, exp. 20). En 1812 una hacienda de los “Guadalupes” fue atacada por los insurgentes por lo que “Serafina Rossier”, una de sus integrantes, solicitó se tratara de controlar las huestes de este lugar para que no ataquen las posesiones de los adictos a la causa. GUEDEA, “De la fidelidad a la infidencia”, p. 248.

<sup>46</sup> En caso de ser asaltada la canoa, el dueño de la trajinera solicitaba a sus pasajeros el dinero y las armas. Algunos pasajeros huían y ello podía dar motivo a que los insurgentes les matasen y confiscasen las pertenencias que portaban. AGN, *Criminal*, vol. 252, exp. 5, ff. 238-275.

<sup>47</sup> ALAMÁN, *Historia de México*, t. II, p. 121.

ción de ganado al mayoreo. De acuerdo con los datos de archivo, los cabecillas de estos traficantes, en su mayoría mestizos y españoles, recibían un capital inicial por parte de los insurgentes y se encargaban de reclutar en los pueblos a todos aquellos parroquianos que pudieran ser útiles para la matanza, tráfico y comercialización del ganado. Todos ellos formaban un grupo pequeño y cerrado que actuaba bajo la dirección del cabecilla que era el único que entraba en contacto directo y frecuente con el jefe de la gavilla insurgente de la región y sabía de los movimientos para recibir el ganado. Este cabecilla también informaba de las personas más importantes de la localidad y, si eran afectos o contrarios a la insurgencia. Las acciones de los traficantes se llevaban con el mayor sigilo, regularmente por las noches, quedándose el resto del día en el pueblo para evitar sospechas. En caso de que sus actividades despertaran el recelo de los parroquianos, las gavillas insurgentes fingían asaltarlos y perseguirlos, pero si cometían algún acto en su contra podían ser acosados y vejados con severidad.<sup>48</sup>

La insurgencia no sólo representó una fuente de ingresos para los españoles y mestizos, también lo fue para los indios que habitaban cerca de los campamentos insurgentes. Éstos eran contratados para vigilar o realizar quehaceres como atender a los caballos sin participar en hechos de armas con el fin de que no los reconocieran. Trabajar bajo estas condiciones tenía sus ventajas ya que no se apartaban del terruño, sus familiares les llevaban diariamente las tor-

---

<sup>48</sup> Éste es el caso de Ignacio Sánchez. AGN, *Infidencias*, vol. 42, exp. 6, ff. 228-236 y Juicio contra Ignacio y Esteban Trejo en AGN, *Criminal*, vol. 239, exp. 4, ff. 44-56 y 57-76.

tillas y podían emplearse durante cortas temporadas o ir y venir, pues se les pagaba diario o semanalmente.<sup>49</sup>

La guerra se convirtió así en un medio de vida para algunos habitantes del valle de México. Los acuerdos y actividades entre la insurgencia, los hacendados y los parroquianos operaron cambios en las formas de financiamiento y en las estrategias de lucha empleadas en la región. Del ataque a haciendas y comercios en los pueblos, los rebeldes se dispusieron a raptar a los vecinos contrarios al movimiento para solicitar su rescate.<sup>50</sup> Las actividades a las que se incorporaron los rebeldes de la región, si bien tenían sus riesgos, les posibilitaba que fácilmente solicitaran y les dieran el indulto, regresando a las actividades rebeldes al poco tiempo.

Vivir entre dos fuegos, el de la sospecha y la incursión insurgente, planteó múltiples formas de ser y convertirse en rebelde y trasgresor ya que eso dependió de la percepción de la autoridad sobre los actos que trastocaban las costumbres y el orden establecido. El temor de la autoridad a lo largo de la revuelta insurgente y su afán de perseguir, castigar y perdonar a los rebeldes favoreció la fabricación de insurgentes a contentillo. Curas, militares, hacendados y comerciantes aprovecharon el contexto de la guerra y su posición jerárquica con el fin de sacar ventaja sobre sus enemigos. Para acusar a sus oponentes se valieron de aquellas

---

<sup>49</sup> Caso de José Dionisio Chavarría, en AGN, *Criminal*, vol. 110, exp. 2, ff. 8-35.

<sup>50</sup> Juan González Escalante, arrendatario de hacienda y capitán de urbanos de Tlalnepantla, fue aprehendido por los insurgentes durante la incursión a ese poblado. Un padre dominico y un carmelita fueron los intermediarios para pagar su rescate. AGN, *Criminal*, vol. 636, exp. 4, ff. 146-213.

prácticas y valores que la autoridad civil había considerado como peligrosas o subversivas. Dejar de asistir a misa o de confesarse, montar en ancas o a galope, esconderse para esquivar la autoridad, desaparecer por un largo periodo de sus casas, vestir con frazadas o simplemente despertar el temor, pues “desde que nació ha sido y será maleta [y] todo el mundo lo llevaba agarrado de las orejas”<sup>51</sup> podían ser empleadas por los falsos acusadores para iniciar y dar sostén a sus demandas.

Una fórmula común fue denunciar al rival de haber pronunciado frases contra el régimen o estar planeando algún acto de infidencia. Los militares eran los que empleaban este tipo de argucias ya que tan sólo pasaban el reporte a sus superiores para que se iniciara la averiguación. En Cuautitlán, amparados bajo el uniforme, un grupo de patriotas intentó vengarse del comerciante español Miguel Conde, quien les impidió ultrajar a una joven en su tienda. Para dar credibilidad a su engaño montaron todo un teatro a la luz del día con el fin de que fuera público y notorio que habían estado con el inculpado y para después culparlo de quererlos seducir en favor de un grupo de rebeldes que operaba en el pueblo de Magú (pueblo bajo sospecha de insurgencia). Después de varios interrogatorios y careos entre los milicianos y los parroquianos del lugar se descubrió el engaño sin pasar el asunto a mayores.<sup>52</sup>

Los curas y autoridades civiles tenían mayor cuidado al fundamentar su acusación. Con este fin empleaban las acciones notorias que sus rivales habían hecho en el pasa-

---

<sup>51</sup> AGN, *Criminal*, vol. 110, exp. 21, ff. 336-349.

<sup>52</sup> AGN, *Infidencias*, vol. 37, exp. 4, ff. 149-203.



do y añadían comportamientos reprobados por la sociedad. Comenzaban su alegato con frases como “siempre ha sido pependenciero”. El vicario del pueblo de San Martín en Chalco, acusó al indio Pascual Duque de insurgente valiéndose de que éste había estado trabajando en tierra caliente y había levantado la mano contra su padre. Duque se afligía de haber intentado golpear a su padre y se apenaba por ello, pero el vicario dio a esta acción una connotación aún mayor como la de ser “tan igualitario en todo que a nadie tiene respeto”. Desafortunadamente para el eclesiástico, los indios del pueblo declararon el “odio y mala voluntad” que tenía el vicario y que el cura de Chalco “advirtió cristianos sentimientos y sumo respeto”.<sup>53</sup> Así que, según los amigos o rivales que se tuvieran, uno podía ser considerado insurgente. Afortunadamente para estos rebeldes, los jueces, a diferencia de las autoridades militar y civil, tuvo mayor cuidado al momento de impartir justicia.<sup>54</sup>

#### ENTRE MURMULLOS Y CONCLUSIONES

A inicios de 1815, las localidades del valle de México habían dejado de vivir bajo el murmullo de la rebelión. La idea de

---

<sup>53</sup> Pascual Duque era del pueblo de San Martín Cuautlalpan y antes de la independencia había impedido que el vicario fundiera el cáliz de la Iglesia. AGN, *Criminal*, vol. 240, ff. 254-273.

<sup>54</sup> No siempre estos juicios terminaban bien. En 1811, el dueño de la hacienda de Huachimatla acusó de insurgentes a Nicolás Antonio, Lucas Santiago, Eusebio Mariano e Ignacio Joaquín, repúblicas del pueblo de Tiitla. Durante el juicio, dos de los cuatro detenidos murieron, pues ya estaban viejos y los mandaron a trabajar a la zanja cuadrada. Las autoridades creyeron que la acusación era cierta, pues el subdelegado había declarado que “[habían] desaparecido de sus casas”, AGN, *Criminal*, vol. 157, exp. 12, ff. 441-446.

que los insurgentes llegarían a restaurar el orden o simplemente a bajar la “vanidad a los españoles” había quedado atrás. Los ecos de la guerra en los parajes “tranquilos y fieles” se convirtieron en una onerosa carga y, sus “inútiles” patriotas y realistas, en una fuente más de tensión. El ojo clínico de la autoridad, entrenado para descubrir al insurgente y mostrar su “lealtad al rey”, se tornó en un instrumento de revancha de curas, hacendados y militares. Durante los años de incursiones furtivas y medidas de contención realista, los pueblos de la comarca aprendieron a sobrellevar su vida entre dos fuegos. El discurso de sumisión y lealtad así como chancear, fueron los elementos que evitaron la represión realista, pero también el avance insurgente. Éstos tuvieron que conformarse con el apoyo que les podía brindar una población sumida en el temor y en sus necesidades cotidianas. El rumor fue quizás la forma de resistencia más efectiva en estas localidades por no recaer el castigo en alguien en especial, pero no fue la única. Los habitantes de las localidades aportaron hombres a jornal, medios de subsistencia y, sobre todo, sembrar la sospecha de que detrás del gesto cotidiano se ocultaba un insurgente.

#### SIGLAS Y REFERENCIAS

AGN Archivo General de la Nación, México, D. F.

ALAMÁN, Lucas

*Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia hasta la época presente*, edición facsimilar de la de 1850, México, Fondo de Cultura Económica, Instituto Cultural Helénico, 1985, 5 vols., «Clásicos de la historia de México».

ANNA, Timothy

*La caída del gobierno español en la ciudad de México*, traducción de Carlos Valdés, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

ARCHER, Christon

“Bite of the Hydra, The Rebellion of cura Miguel Hidalgo, 1810-1811”, en RODRÍGUEZ O., 1992, pp. 69-93.

*La ciudad de México*

*La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luís Mora, 1994.

GUARISCO, Claudia

*Los indios del valle de México y la construcción de una nueva sociabilidad política, 1770-1835*, Toluca, El Colegio Mexiquense, 2003.

GUEDEA, Virginia

“De la fidelidad a la infidencia: los gobernadores de la parcialidad de San Juan”, en RODRÍGUEZ, 1992, pp. 95-123.

“Los indios voluntarios de Fernando VII”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 10 (1986), pp. 11-83.

HAMNETT, Brian

*Raíces de la insurgencia en México. Historia regional, 1750-1824*, traducción de Agustín Bárcena, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

HERRERO, Carlos

“Revuelta, rebelión y revolución. Amecameca en noviembre y octubre de 1810”, en *Estudios Históricos*, II (1994), pp. 91-141.

HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, Juan Eusebio

*Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, 5 vols.

LADD, Doris

*La nobleza mexicana en la época de la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

ORTIZ, Juan

*Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México*, México, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Unidad Internacional de Andalucía, Universidad de Sevilla, 1997.

“Insurgencia y seguridad pública en la ciudad de México, 1810-1815”, en *La ciudad de México*, 1994, pp. 95-124.

RODRÍGUEZ O., Jaime E.

*Patterns of Contention in Mexican History*, Wilmington, Del., The Regents of the University of California, 1992.

TAYLOR, William

*Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica.

VAN YOUNG, Eric

*La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

“Réplica. De aves y estatuas. Respuesta a Alan Knight”, en *Historia Mexicana*, LIV:2(214) (oct.-dic. 2004), pp. 517-573.

“Islands in the Storm: Quiet Cities and Violent Countrysides in the Mexican Independence Era”, en *Past and Present*, 118 (1998), pp. 130-155.

ZÁRATE, Julio

*La independencia. México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1975, t. v.